

## FIGURA Y MISION DEL ABAD

*P. José Veronesi m.b.  
 Monasterio de "Cristo Rey"  
 El Siambón - (Tucumán)  
 Argentina*

En el Capítulo General de 1974 la Abadía del Niño Dios presentó la moción de que todos los monasterios independientes sean gobernados por un abad, suprimiéndose en consecuencia la categoría de prioratos. Esta propuesta fue recibida en un primer momento con marcada frialdad y hasta resistencia, principalmente por representantes de comunidades que desean una mayor simplicidad de vida. Esto dio lugar a que se esclareciera y motivara mejor la propuesta.

En realidad la resistencia provenía de un rechazo de la imagen del abad plasmada a través de los siglos en ciertos monasterios, principalmente europeos: imagen de un abad-obispo-príncipe, alimentada por los privilegios otorgados a los abades por el Derecho Canónico o las costumbres locales y rubricada por las insignias abaciales, blasones, etc. Todo ello, por supuesto, no tiene nada que ver con lo que propuso la Abadía del Niño Dios.

Se quiere restablecer la imagen del abad de que nos habla la Regla y la más sana tradición monástica: un abad que sea lo que su nombre dice, Padre de monjes, en cuanto capaz de engendrar en ellos la vida espiritual por el ministerio de su palabra y de su gobierno. Esto significa cumplir en la comunidad una misión, no de señorío y de preeminencias, sino de servicio de vida, de esa vida que en último término proviene del único Padre de las misericordias que en Cristo nos da su vida. Esto supone en el abad una profunda vivencia personal de la palabra de Dios, sostenida por la gracia del Espíritu que lo fecunda y capacita para transmitir esa misma vida.

El abad tiene que ser servidor de vida entre sus hermanos: aquel que percibe todo latido vital y que, al mismo tiempo, es capaz de hacer crecer ese latido, capaz de crear el clima para que cada hermano en la comunidad y la comunidad como tal puedan alcanzar su más perfecto desarrollo humano y espiritual. Necesitará para eso un corazón atento y una mente vigilante para estar siempre dispuesto a prestar ese servicio de vida allí donde cualquiera de sus hermanos lo necesite.

Pero quizás sea aquí el lugar de profundizar más en qué consiste hoy esa misión de servicio de vida del abad ya que posiblemente el rechazo hacia la figura y el título de abad en su sentido de padre espiritual, no provenga tan sólo de la imagen principesca que se ha ido forjando en siglos y medios ya pasados, sino también del modo cómo se conciba esa misión. Existe sin duda hoy una hipersensibilidad que provoca un rechazo frente a cuanto pueda tener resabios de paternalismo.

(Mucho de lo que sigue está inspirado en la exposición del abad Primado Dom R. Weakland en el Segundo Encuentro monástico del Asia realizado en Bangalore, India, en 1973. Su tema era: "El abad como Padre espiritual").

El paternalismo tiende a perpetuar lo que debe ser temporal, o sea a impedir el crecimiento del discípulo manteniéndole una falsa necesidad del maestro. En cambio, la verdadera paternidad espiritual implica dinamismo, crecimiento, intercambios constantes: está sujeta a continua evolución, de forma que la superioridad inicial del maestro vaya en marcha progresiva hacia la igualdad. Esa fuente viva de saber y de

experiencia que es el maestro tiene la creatividad suficiente para renovar métodos y descubrir nuevos valores; es profundamente respetuosa de los dones, carismas y capacidad del discípulo, quien al crecer, a la vez que se hace semejante al maestro, se hace también diferente por lo mismo que va descubriendo y afianzando su propia personalidad.

Los aspirantes a la vida monástica provienen hoy de una sociedad en la que los valores de la persona humana son altamente proclamados por filósofos, sicólogos, sociólogos, teólogos y por los cultores de las ciencias humanas en general: una sociedad por tanto fuertemente sensibilizada ante estos valores de la persona; tanto más sensibilizada desgraciadamente muchas veces, cuanto menos respetados son estos valores, por un duro y casi irónico contraste entre lo que se teoriza y declama y lo que se vive en nuestra sociedad.

No cabe duda que el espíritu de investigación, de búsqueda, de apertura y la vitalidad, la madurez y la independencia desarrollados por la educación moderna en el discípulo son una garantía contra el peligro del paternalismo, no un estorbo a la formación en la vida monástica ni al papel que en la misma desempeña el abad como padre espiritual. Con todo, no faltará quien se pregunte si el papel de padre espiritual no es algo pasado de moda, una concepción trasnochada, propia de épocas y culturas que no son las nuestras. En una época en que todo se somete a experimentación científica y a examen, ¿qué lugar puede tener el concepto de padre espiritual como guía, como maestro, como instrumento de formación?

Evidentemente el medio cultural de donde provenían los monjes de Benito era totalmente otro al de hoy. En un mundo en donde muchos no sabían ni leer ni escribir, en un mundo semi-bárbaro como el que suponen por momentos la Regla y los Diálogos, adquiere ciertamente gran relieve la figura del maestro a quien se escucha, ante quien el discípulo se abre para recibir la doctrina, la enseñanza y la guía de su experiencia de vida. A siglos de distancia, en un mundo dominado por la tecnología científica necesariamente la modalidad del Padre espiritual tendrá que ser diferente.

En el monacato pre-benedictino de los Padres del desierto, el discípulo o novicio que deseaba formarse en la vida monástica, se ponía en busca de un abad o padre espiritual, o sea un anciano experimentado en esa vida. Durante un largo período recibía sus enseñanzas y sus normas hasta crecer en la vida espiritual bajo la guía de su maestro, hasta lograr llegar a ser a su vez capaz de formar a otros discípulos.

San Benito modifica notablemente este sistema al organizar una comunidad estable en un sistema de vida cenobítica. La relación entre el abad y el discípulo, por lo mismo que se desarrolla en el marco de una comunidad estable de muchos hermanos, adquiere necesariamente una nueva modalidad. Esto no impide que se conserve y se organice un régimen especial de formación, una tutela especial si se quiere para el recién llegado. El cumplir esta función lo delega san Benito en el maestro de novicios quien durante un período prudencial se responsabilizará del nuevo aspirante, llenando en cierto sentido la función que cumplían los padres del desierto con su discípulo.

Para Benito, el abad en el sistema de vida cenobítica es el foco de unidad en la comunidad, aún cuando en la organización de la misma se hayan distribuido las responsabilidades. Esto también implica que el proceso de formación no está determi-

nado solamente por la relación personal abad-discípulo como entre los padres del desierto, sino también por la vida común compartida entre muchos hermanos.

Esto se acentúa aún más hoy, en que, a diferencia de los tiempos de Benito, el abad no es más la fuente casi única de sabiduría y de experiencia. Es muy probable que en la comunidad de hoy se encuentren especialistas en las diversas ciencias, tanto profanas como sagradas, que estén mucho más informados en las mismas que su abad.

Todo esto sin embargo no es óbice para que el papel del abad siga en plena vigencia a nivel práctico y vivencial. Cuántas veces los muchos conocimientos teóricos no logran superar los prejuicios de una afectividad no suficientemente controlada por la razón en el gobierno de la propia vida personal. El carisma de discernimiento que debe caracterizar al abad puede jugar en ese momento un papel importante.

En primer lugar debemos recordar que una cosa es la búsqueda científica o la investigación filosófica en las que puede estar muy avezado el postulante de hoy y otra cosa muy distinta la experiencia de Dios que el cristiano viene a buscar al monasterio. Cristo que irrumpe en el mundo como vida nueva; Dios que en Cristo se inserta en la historia humana para transformarla; Cristo en la vida personal de cada uno y en la vida de la humanidad son y seguirán siendo siempre esencialmente un dato de fe y un hecho de vida. Un dato y un hecho que por tanto no pueden estar sometidos a métodos científicos preestablecidos ni a una ciencia experimental. La ciencia, la misma teología, la sicología, podrán analizar un acto de fe o una vivencia de fe, pero no pasará de ser la descripción externa de un aspecto del proceso total de la interacción de Dios y del hombre; no podrá nunca llegar al núcleo central de la vivencia de fe que en su esencia escapa a toda medida humana y sigue siendo inefable.

La experiencia que de Dios tiene el cristiano y por tanto el monje será siempre vivencial y en consecuencia para crecer en ella no bastarán ni los muchos libros ni los muchos estudios. El gran manual será la vida misma. Y para el monje en concreto su experiencia de fe estará enmarcada en su propio estilo de vida; vida de oración, vida sacramental, vida alimentada en la palabra de Dios a través de la lectio divina, vida de celibato consagrado, vida cenobítica con todo lo que implica de condicionamiento y de enriquecimiento la convivencia comunitaria, vida en fin de inserción y compromiso real tanto personal cuanto comunitario en el hoy y en el aquí.

Este es el cuadro donde se desenvuelve la vivencia de fe del monje, el camino por donde va a Dios. Y en todo él influye la relación abad-monje. La acción del abad debe penetrar todo este marco de una forma o de otra, según los tiempos y personas; a veces a nivel individual, a veces a nivel comunitario.

A nivel individual, la relación abad-monje tiene evidentemente muchas etapas y modalidades diferentes. Esta relación será muy importante y hasta muy marcada en el caso de un principiante. Aún cuando el abad delegue en otro gran parte de esta función, siempre su intervención será importante. En el solo hecho de elegir a ese otro necesitará discernimiento.

En efecto, deberá encontrar "un anciano capaz de ganar almas" que en lenguaje moderno podríamos traducir que tenga las dotes psicológicas necesarias para inspirar al postulante la suficiente confianza para una apertura de corazón; que sea capaz de captar y comprender los dones y las debilidades del joven aspirante. Y este don no lo tiene necesariamente el más santo, ni el más obediente, ni el más asceta de la comunidad. Con la más grande virtud se puede carecer totalmente del don de gentes

necesario para inspirar la confianza indispensable para guiar al postulante por los caminos de Dios. Es cuando falta ese don de gentes que el maestro, no pudiendo penetrar en el corazón del discípulo, se refugia en la rigidez de la observancia material y mata al espíritu.

El abad nunca podrá renunciar a su responsabilidad en la formación del novicio: a través de la comunidad, a través del maestro de novicios y a través de su propia acción directa, tendrá que ayudarlo a conocerse a sí mismo y a abrirse a la palabra de Dios. Tendrá que discernir lo que es verdadera apertura de una persona adulta y lo que puede ser falsa docilidad de un temperamento débil, pasivo e inmaduro. Tendrá que ayudar al novicio a superar la falsa estima de sí mismo a fin de que logre la verdadera apertura que lo pone a la escucha de la Palabra.

El abad tendrá que ser el que ayuda a adquirir esa apertura, lo que implica estar en constante actitud de servicio: servidor del Evangelio, servidor de la palabra, nunca sustituto.

Esta actitud de servicio le dará el discernimiento necesario para darse cuenta cuando su intervención se hace menos necesaria o debe hacerse menos directa. A medida que el monje avanza en su vivencia de fe, a medida que crece, a medida que su encuentro con la palabra, con Dios, se consolida, la presencia del servidor puede quizás hacerse prescindible. Al mismo tiempo que mantiene su actitud de absoluta disponibilidad, a él le toca comprender cuándo tiene que mantenerse a la sombra y en el silencio dejando más y más el lugar a la obra directa del Espíritu; su intervención como instrumento, como servidor, se hará más y más esporádica, ocasional. Puede reducirse a una simple presencia de amistad y de amor vigilante.

Pero como en toda vida humana, también en la del monje habrá momentos claves, momentos difíciles, de profundas crisis en los que necesitará de toda su apertura inicial para aceptar la ayuda de su abad. En esos momentos de oscuridad o de crisis o de decisiones importantes, puede hacerse indispensable esa ayuda. Ni la mucha ciencia ni las mejores teorías sirven en esos momentos en que es tan fácil dejarse llevar por la propia afectividad o de falsas motivaciones. Circunstancias semejantes no serán tal vez frecuentes, pero pueden ser trascendentales en la vida del monje y en ese momento tiene derecho a contar con la presencia de su abad. Este a su vez necesitará de todo su carisma de discernimiento. Su actitud anterior de presencia silenciosa y de amigo y su actitud en esos mismos momentos tiene que ser tal que le gane la confianza plena del monje sin la cual le sería imposible ayudarlo.

Pero la misión del abad está lejos de agotarse en esta relación individual abad-monje. La relación abad-comunidad no es menos importante. Muchas veces, incluso su influencia en el monje como individuo se llevará a cabo a través de la comunidad. Y hoy más que nunca en una sociedad en que estamos tan habituados al trabajo en equipo, tan sensibilizados al sentido de grupo. Cuántas veces, una apertura que no se da a nivel individual, puede darse a nivel de grupo en el que se ha podido tener una experiencia profunda de amistad, de comprensión y de apoyo. Esto se dará posiblemente no a nivel de gran comunidad, pero sí a nivel de pequeños grupos naturales. Una vez más la apertura del espíritu y el espíritu de discernimiento del abad jugarán un papel grande para permitir o fomentar estos grupos, para discernir cuándo son obra del Espíritu y creadores de comunidad o cuando por el contrario son producto de sectarismos y disolventes de la comunidad.

Está luego la acción del abad en la comunidad como tal por su palabra, por su

acción, por su gobierno, por su vida. Está el saber descubrir el carisma de cada hermano y de cada grupo. A él le tocará, con la colaboración de toda la comunidad por cierto, crear el clima para el crecimiento de todos y, sin provocar enfrentamientos, fomentar un sano pluralismo para el bien de cada uno y el enriquecimiento de toda la comunidad.

El abad enseñará a su comunidad con su propio ejemplo de vida, con su apertura constante a la Palabra: a la Palabra siempre renovada y exigente del Evangelio y a la Palabra que le llega a través de su propia comunidad. Consultará y escuchará a sus hermanos porque está convencido de que Dios le habla por ellos.

Es así como el abad, por su caridad, por su propia apertura, por su vigilante atención, puede convertirse para sus monjes en símbolo viviente y en signo de la presencia de Aquel único a quien podemos llamar Padre. Esta es la misión del abad y esta es la figura del abad que se quiere recuperar hoy cuando se propone restablecer el título abacial en todos los monasterios.

Pero para recuperar esta auténtica figura del abad es indispensable despojarla de todas las excrescencias viciosas provenientes de ambientes principescos o eclesiásticos que a lo largo de la historia la han ido desfigurando. Restablecer el cargo abacial en los monasterios independientes presupondría despojarlo al mismo tiempo de todos los privilegios que puedan saber a grandiosidad y honores mundanos. Esto debe reflejarse desde el inicio mismo de la misión y es por ello que, si bien se desea conservar un rito de bendición abacial por el que la Iglesia al mismo tiempo le confía públicamente una misión, implora sobre el elegido la gracia del Espíritu Santo que lo haga capaz de transmitir la vida de Dios a su comunidad, se quiere al mismo tiempo que este mismo rito se vea despojado de todo cuanto sea grandiosidad o pompa. En este sentido se vería bien que no sea impartida por un obispo, sino simplemente por otro abad.

Cabe sin embargo preguntarse si este deseo no proviene de que también del obispo se tiene una falsa imagen, preñada de resabios mundanales y principescos, lo que hace indeseable su presencia en este caso. En efecto, si los monasterios no son islas dentro de la Iglesia local, sino expresión de pujanza de vida y hecho eminentemente eclesial, nada mejor que la presencia del Pastor de esa Iglesia en un momento importante de la vida de la misma, siempre que esa presencia sea la de un Pastor puesto por el Espíritu para guiar la Grey y no la de un príncipe usado para dar prestigio a una celebración.

Considerando pues que todos estos valores son de un hondo contenido teológico, se vería muy bien que rescatáramos en su plenitud el sentido del título abacial. Una manera eficaz de hacerlo es volver al espíritu de la más sana tradición monástica según la cual quien gobierna un monasterio es y se llama abad. En efecto es esta palabra "Abad" la que nos sugiere todo ese contenido espiritual de que hablamos, contenido que no encontramos en el título de "Prior" que de por sí no sugiere nada, y no ofrece, en contraposición, ventaja alguna en cuanto a su captación por la mentalidad moderna.

Por otra parte en las Constituciones de la Congregación del Cono Sur no habrá ninguna diferencia entre abades y priores en lo que hace a la constitución de los monasterios en cuanto al número de monjes exigidos y en lo que hace a la misión de los mismos superiores. No se ve por tanto para qué establecer diferencias de abadías y prioratos entre los monasterios. Esto sería favorecer la idea de que ser abadía o estar gobernados por un abad implica algún privilegio o dignidad mayor.

En cuanto a las insignias abaciales, se ha sugerido que sean suprimidas todas las que provienen de un origen bastardo. A lo sumo podría conservarse algún signo que indique la misión del abad en su comunidad y para uso exclusivo en los actos de comunidad. Cabe sin embargo preguntarse si hay alguna insignia abacial que no sea de origen bastardo. En efecto, en la tradición monástica no se las conoce. En ella lo que caracteriza al abad es su carisma, no sus insignias.

En esta misma línea de simplicidad hay que exigir que un abad que deja de ser superior, cualquiera sea la causa, vuelva simplemente a ocupar su lugar de profesión en la comunidad sin conservar ningún título ni privilegio.

Se ha juzgado oportuno que antes de restablecer el título abacial en nuestros monasterios, las comunidades se vayan concientizando en la captación del verdadero valor del mismo. Es sin duda una medida prudente, a condición de que no olvidemos que la verdadera concientización se logra más con hechos de vida que con teorías.